

PANAMÁ 2019: CUANDO UN PAÍS PEQUEÑO PREPARÓ UNA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Queridos hermanos y hermanas,

Es para mí una gran alegría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la Jornada Mundial de la Juventud Panamá 2019.

El título de esta conferencia —“Panamá 2019: cuando un país pequeño preparó una Jornada Mundial de la Juventud”— resume muy bien la experiencia que vivimos.

Panamá es un país pequeño en extensión y población. Sin embargo, durante aquellos años tuvo la gran responsabilidad de recibir a jóvenes de todos los continentes, al Papa Francisco, a obispos, sacerdotes, religiosos, voluntarios, familias y peregrinos de culturas y lenguas muy diversas.

Pero la Jornada Mundial de la Juventud no fue solamente un gran acontecimiento internacional. Fue, ante todo, una experiencia de fe, de comunión, de servicio y de esperanza.

En mi caso, tuve el privilegio de servir como Secretario del Comité Organizador Local y como Coordinador del Viaje Papal por parte de la Iglesia Local. Estas responsabilidades me permitieron vivir la Jornada desde dos perspectivas: la organizativa y la pastoral.

Por una parte, había que coordinar equipos, reuniones, presupuestos, permisos, cronogramas, desplazamientos, alojamientos, seguridad, comunicación y atención a los peregrinos.

Pero, por otra parte, no podíamos olvidar que no estábamos preparando simplemente un evento. Estábamos preparando una experiencia de Iglesia y un encuentro de los jóvenes con Jesucristo.

1. Una misión grande para un país pequeño

Cuando Panamá fue elegido como sede de la JMJ, surgió una pregunta muy comprensible:

¿Podrá un país pequeño organizar un acontecimiento de esta magnitud?

Una Jornada Mundial de la Juventud implica mucho más que preparar algunos actos multitudinarios. Significa recibir a cientos de miles de personas, facilitar su alojamiento y alimentación, organizar el transporte, preparar los espacios, coordinar a miles de voluntarios y garantizar la atención médica, la seguridad y la comunicación.

Además, Panamá no contaba con una experiencia reciente de una actividad semejante.

Desde el principio comprendimos que la tarea no podía depender únicamente de un pequeño grupo de personas. La Jornada tenía que ser asumida como una misión de toda la Iglesia y, en cierta manera, de todo el país.

Esta fue la primera gran lección: el tamaño de un país no determina la grandeza de la misión que puede realizar.

Panamá no tenía todas las respuestas ni todos los recursos. Pero tenía algo fundamental: la disposición de servir.

2. El “sí” de María como inspiración

El lema de la Jornada fue tomado del Evangelio de san Lucas:

“He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

Estas palabras de la Virgen María fueron mucho más que un lema. Se convirtieron en un programa de trabajo y de vida.

Durante la preparación hubo momentos en los que la misión parecía superar nuestras capacidades. No podíamos prever todas las dificultades ni controlar todos los detalles. Como María, tuvimos que aprender a confiar y a responder con generosidad.

La preparación de la JMJ exigió una actitud permanente de escucha:

- Escucha al Santo Padre y a la Santa Sede.
- Escucha a los obispos y a las diócesis.
- Escucha a los jóvenes.
- Escucha a las autoridades civiles.
- Escucha a las parroquias, movimientos y congregaciones.
- Y escucha también a las familias panameñas que abrirían sus hogares.

Comprendimos que la organización comienza con la escucha. Cuando se escucha de verdad, se descubren necesidades, dificultades y oportunidades que no siempre aparecen en los documentos o en los presupuestos.

3. Trabajar en comunión

Panamá 2019 fue posible gracias a la colaboración de muchas personas e instituciones:

- La Iglesia católica en Panamá.
- La Santa Sede.
- Las diócesis y parroquias.
- Los movimientos eclesiales y las congregaciones religiosas.
- Las autoridades nacionales y locales.
- Los equipos de seguridad, salud y emergencia.
- Las empresas y organizaciones colaboradoras.
- Miles de voluntarios.
- Y las familias que recibieron a los peregrinos.

La comunión no significa que no existan diferencias. En una organización tan grande siempre hay opiniones diversas, prioridades distintas y dificultades de coordinación.

La comunión consiste en mantener la mirada puesta en una misión común.

Cada equipo tenía una responsabilidad concreta, pero todos trabajábamos para que los jóvenes pudieran vivir una experiencia auténtica de fe, fraternidad y encuentro.

Esta experiencia nos enseñó que ninguna oficina, institución o persona puede actuar de manera aislada. La comunicación, la confianza, la paciencia y la capacidad de pedir ayuda fueron indispensables.

En cierto modo, la preparación de la Jornada fue también una escuela de sinodalidad: aprendimos a caminar juntos, a escuchar, a tomar decisiones y a asumir juntos los resultados.

4. Los jóvenes como protagonistas

Una Jornada para jóvenes no podía prepararse sin contar con ellos.

Los jóvenes no debían ser únicamente los destinatarios de la Jornada. Tenían que ser protagonistas.

Por eso participaron como voluntarios, animadores, comunicadores, traductores, responsables de acogida, miembros de equipos pastorales y colaboradores en la logística.

Esto exigía confiar en ellos.

A veces los adultos pensamos que los jóvenes todavía no están preparados para asumir grandes responsabilidades. Panamá 2019 demostró que, cuando reciben una misión clara, formación y acompañamiento, son capaces de responder con enorme generosidad.

No se trata de que los adultos desaparezcan o dejen de orientar. Se trata de acompañar sin sustituir, formar sin controlar y confiar sin abandonar.

La Iglesia no debe limitarse a hablar sobre los jóvenes. Debe hablar con ellos, caminar con ellos y abrirles espacios reales de participación.

5. Panamá como casa de acogida

Uno de los aspectos más hermosos de la JMJ fue la acogida.

Una Jornada puede contar con grandes escenarios, tecnología y una organización eficiente. Pero si no hay acogida, pierde una parte fundamental de su sentido.

Acoger significa hacer que el otro se sienta esperado, reconocido y valorado.

Para muchos peregrinos, Panamá era un país desconocido. Algunos llegaban desde muy lejos, con recursos limitados, cansados y hablando otros idiomas.

La respuesta del país fue abrir las puertas.

Se abrieron parroquias, escuelas, centros comunitarios y hogares. Muchas familias panameñas recibieron a jóvenes que nunca habían visto y con quienes, en algunos casos, ni siquiera compartían el idioma.

La experiencia demostró que una sonrisa, un plato de comida, una cama sencilla o una palabra de orientación pueden superar muchas barreras.

Panamá no fue solamente la sede de la Jornada. Panamá se convirtió en una casa.

Y una casa no se define por su tamaño, sino por su capacidad de recibir.

6. La organización al servicio de la pastoral

Otro aprendizaje fundamental fue comprender que toda la organización debía estar al servicio de la experiencia pastoral.

El transporte, el alojamiento, la alimentación, las acreditaciones, la seguridad y la atención médica eran indispensables. Pero no eran el fin último.

El objetivo era que los jóvenes pudieran vivir:

- El encuentro con Cristo.
- La comunión con la Iglesia universal.
- La fraternidad entre los pueblos.
- La oración y la celebración de la fe.
- La reconciliación.
- Y el envío misionero a sus comunidades.

Por eso, ante cada decisión, debíamos hacernos una pregunta:

¿Esto ayuda realmente a que los jóvenes vivan mejor la Jornada?

A veces la respuesta exigía simplificar un proyecto. En otras ocasiones, reforzar un servicio o cambiar un plan que parecía adecuado sobre el papel, pero que no respondía a la realidad.

Una buena organización no consiste en cumplir mecánicamente todos los planes iniciales. Consiste en tener una visión clara y la flexibilidad necesaria para responder a las circunstancias.

7. Las dificultades y la confianza

La preparación de la Jornada no estuvo libre de dificultades.

Hubo momentos de cansancio, preocupaciones, problemas logísticos, ajustes presupuestarios, cambios de última hora y decisiones que debían tomarse con rapidez.

En un acontecimiento de esta magnitud es imposible que todo salga exactamente como estaba previsto.

La clave está en cómo se afrontan los problemas.

Aprendimos a identificar las dificultades a tiempo, a buscar soluciones en lugar de culpables, a comunicar con claridad y a mantener la calma en momentos de presión.

También aprendimos a cuidar a los equipos. Las personas que sirven necesitan descanso, acompañamiento, reconocimiento y apoyo espiritual y humano.

No se puede pedir un servicio generoso y constante sin cuidar a quienes lo realizan.

En muchos momentos, la fe fue lo que nos permitió continuar. No porque desaparecieran las dificultades, sino porque comprendíamos que la misión no dependía únicamente de nuestras fuerzas.

8. La llegada de los peregrinos

Después de meses y años de preparación, llegó finalmente el momento de la Jornada.

Para quienes habíamos trabajado en ella, cada peregrino representaba muchas horas de reuniones, llamadas, documentos, decisiones y esfuerzos. Pero cuando comenzaron a llegar los jóvenes, todo adquirió una nueva perspectiva.

La JMJ dejó de ser un proyecto y se convirtió en una realidad viva.

Las calles se llenaron de banderas, cantos y sonrisas. Las parroquias recibieron peregrinos. Los voluntarios ocuparon sus puestos. Las familias comenzaron a compartir sus hogares. Panamá pudo experimentar que la Iglesia es verdaderamente universal.

La presencia del Papa Francisco dio una fuerza especial a la Jornada. Sus palabras invitaron a los jóvenes a no tener miedo, a no quedarse al margen y a convertirse en protagonistas de la historia.

La Vigilia y la Misa de envío fueron momentos culminantes. Allí contemplamos a jóvenes de todos los continentes reunidos en oración.

No era simplemente una multitud. Era una multitud con una misión.

Los jóvenes estaban siendo enviados de regreso a sus países, diócesis y comunidades para llevar consigo lo que habían recibido.

9. Lo que Panamá recibió

Con frecuencia hablamos de lo que Panamá ofreció a los peregrinos. Pero también debemos reconocer todo lo que Panamá recibió.

Recibió una renovación de la esperanza.

Recibió la oportunidad de descubrir capacidades que quizá no sabía que tenía.

Recibió el testimonio de miles de jóvenes que, a pesar de las dificultades del mundo actual, siguen buscando a Dios y desean comprometerse.

Recibió una mayor conciencia de su identidad como Iglesia y como país.

La Jornada permitió que personas de distintas comunidades, instituciones y realidades aprendieran a trabajar juntas. Muchos jóvenes encontraron un espacio de servicio y participación. Muchas familias descubrieron la riqueza de abrirse a otras culturas.

Estos frutos son tan importantes como los resultados visibles del evento.

Porque una Jornada Mundial de la Juventud no termina cuando se desmontan los escenarios. Su verdadero resultado se ve en lo que permanece después.

10. Cinco lecciones de Panamá 2019

Permítanme resumir esta experiencia en cinco lecciones.

Primera: las grandes misiones comienzan con un “sí”. Panamá no tenía todas las condiciones ideales, pero aceptó la misión y dio el primer paso.

Segunda: la comunión multiplica las capacidades. Ninguna persona o institución puede hacerlo todo, pero los talentos se complementan cuando se trabaja por un objetivo común.

Tercera: los jóvenes deben ser protagonistas. No basta con organizar actividades para ellos. Hay que confiarles responsabilidades y escuchar sus propuestas.

Cuarta: la acogida transforma un evento en una experiencia humana. La logística permite organizar una actividad; la acogida la convierte en una vivencia inolvidable.

Quinta: toda organización debe estar al servicio de una misión. El éxito no se mide solamente por el número de participantes o por la ausencia de problemas, sino por la profundidad de la experiencia y por los frutos que permanecen.

Para concluir...

Al mirar hoy hacia Panamá 2019, no veo solamente una gran Jornada Mundial de la Juventud. Veo una historia de confianza.

Confianza de la Iglesia universal en un país pequeño.

Confianza de los responsables en los equipos.

Confianza de los adultos en los jóvenes.

Confianza de las familias que abrieron sus hogares.

Y, sobre todo, confianza en que Dios puede hacer grandes cosas a través de instrumentos sencillos.

Panamá demostró que un país pequeño puede acoger una misión grande cuando pone en juego lo mejor de sí mismo: su fe, su hospitalidad, su creatividad y su capacidad de trabajar unido.

La pregunta que permanece después de una Jornada Mundial de la Juventud no es solamente: “¿Cómo salió el evento?”

La pregunta más importante es:

¿Qué hicimos con lo que recibimos?

¿Seguimos acompañando a los jóvenes?

¿Continuamos abriendo espacios para su participación?

¿Conservamos la capacidad de trabajar juntos?

¿Seguimos siendo una Iglesia acogedora, misionera y cercana?

Panamá 2019 nos enseñó que no hay país pequeño cuando se trata de servir a una misión grande.

Nos enseñó que la Iglesia crece cuando camina unida.

Y nos recordó que los jóvenes no son solamente el futuro: son el presente de la Iglesia.

Muchas gracias.

Víctor A. CHANG GONZÁLEZ

Secretario Ejecutivo

Comité Organizador Local de la

Jornada Mundial de la Juventud – Panamá 2019